

La Capilla siXtina

LA VIEJA DAMA DIGNA

Los saltos depresivos del pobre Menelao siempre me sorprenden. Me ha escrito una preciosa postal desde Londres, a donde ha acudido para felicitar a lady Fleming:

«La vieja dama digna —escribe Menelao— ha dado una lección al mundo de lo agresivo que puede ser la moral individual. Hablamos subestimado el papel de la dignidad personal y también es una energía capaz de hacer Historia».

La vieja dama digna podía haberse reducido a un cómodo papel de ilustre viuda, descubridora de lápidas y estelas funerarias dedicadas al «factótum» de una pequeña parcela de nuestra tranquilidad. Podía haberse vuelto a casar con un rentista de Iowa, apacible y secundario, capaz de aceptar un «ménage à trois» de celebridad con sir Alexander. Y apuntarse a sedentas cruceros por el Egeo o a la ruta turística que va de las pirámides a Persépolis, sin que jamás, jamás se produzcan los crímenes de las novelas de Agatha Christie.

La vieja dama digna había alcanzado ese lugar extraño de neutralidad histórica. La bondad objetiva de la penicilina la protegía de la gripe o neumonía del compromiso. Nadie le habría pedido nada que se apartara de desdibujar su estampa de viuda, ricamente jubilada y gozase en un mundo propicio ante la sola mención de su apellido.

El orden casi nunca existe. No habría Historia si existiera orden. El orden es una convención en la que se entra de buen grado o a la fuerza. Todo conspiraba para que lady Fleming entrara en la convención del orden con todas las ventajas que presta una celebridad sin fronteras. Pero lady Fleming, desde su obligado papel de viuda ilustre supo ver que, a veces, el orden es una caricatura de sí mismo y que cuanto más caricatura es más enjundia exterior necesita, más opep, más proclama, más exégesis, más liturgia, más impía religión.

Y el espíritu de lady Fleming estaba educado en la lógica de los laboratorios. Una paciente lógica agazapada, que desde la realidad aprehendida se apresta a saltar sobre las realidades no sabidas. La educación del científico se forja en la sabia máxima de que: «La historia de la ciencia es una sucesión

de errores decrecientes». Esta larga marcha hacia la verdad hace que el científico sea especialmente sensible ante la supercheria. Lady Fleming había sido investigadora y no murió a causa de la penicilina. Afortunadamente no enterraron su espíritu con el de su marido en una fosa rellena con el polvo blanco milagroso.

Le quedaban todavía a ella suficientes instrumentos de análisis para descubrir el error de las viudedades ilustres de las mojamias de las momias agasajadas e inútiles, de las etiquetas VIP en el Gotha de las posaderas floreadas. Le quedaban suficientes instrumentos para captar el desorden del aparente orden, el criterio del aparente silencio, la ira de la aparente calma.

Por eso lady Fleming abandonó el gran brasero cósmico, echó de su casa a la gata de Angora y salió a la calle a conspirar. Como aquellas viejas aristócratas carbonarias que encontraban en la conspiración mejores sales que en su cuarto de baño, la vieja dama digna optó por convertir en acción política el prestigio universal de su esposo, de la penicilina y de su viudez. Jamás un marido muerto ha sido políticamente más útil. Jamás un antibiótico ha tenido tanta y mejor repercusión política. Pocas veces una viuda encuentra maneras más positivas de hacer limpieza, de tejer y destejer.

De todo esto me hablaba Menelao el Areopagita en su postal londinense, aunque con su proverbial contención de profesor de Metafísica Sintética. Y por si fuera poco me llega un artículo suyo publicado en la «Revue des Recherches Presque inútiles», donde dice que lady Fleming es un símbolo de la supervivencia del humanismo bajo el peso aplastante de los supersistemas.

Menelao, el gran exiliado, el gran loco, se inventa cada semana las razones para esperar el cambio de la rueda con impaciencia. Y probablemente, como a Brecht, no le gusta de dónde viene y tampoco confía mucho en a dónde puede ir. Pero también vivir y existir históricamente es, impenablemente, apostar por la causa del error cristalizado o por la causa de los errores... decrecientes.

SIXTO CAMARA

